

Josué 4.11-12; 1 Co 10.16-17

En el libro de Josué se nos cuenta de la llegada de los hijos de Israel al río Jordán, frontera tras la cual había poderosos y enormes enemigos dispuestos a cerrarle el paso. Pero el pueblo, que trae consigo la experiencia de una larga peregrinación por el desierto, sabe que el mismo Dios que fue delante de ellos en la nube y en la columna de fuego también irá delante de ellos en el arca. Es una historia inspiradora que cuenta cómo los hijos de Israel cruzaron aquella frontera sin siquiera mojarse los pies (¡ni tampoco las espaldas!).

Es en medio de esa historia, en el versículo 12 del capítulo 4, que se nos dice que “También los hijos de Rubén y los hijos de Gad y la media tribu de Manasés pasaron armados delante de los hijos de Israel”. ¿Por qué, si eran doce las tribus, se mencionan particularmente estas dos y media? Sencillamente porque eran las tribus que no tenían necesidad de cruzar la frontera. Ya habían se habían asentado al este del Jordán y habían tomado posesión de sus tierras. Ya su larga peregrinación había terminado. Ahora podían dedicarse tranquilamente a la vida sedentaria mientras las otras tribus cruzaban la frontera para tomar posesión de lo que se les había prometido.

Pero no. Estas dos y media tribus cruzan el Jordán con quienes todavía andan desamparados porque son parte de un mismo pueblo; porque saben que la promesa no es solamente para ellos; porque no se trata de los intereses particulares de cada tribu, sino de la promesa de Dios, y de la solidaridad del pueblo que ha recibido esa promesa.

No me parece que sea necesario desempacar los paralelismos entre esa historia y las muchas otras historias que hemos escuchado en estos días. Pero sí me parece que es necesario subrayar el hecho de que muchos de quienes estamos aquí no tenemos por qué preocuparnos por la frontera. Si aquellas tribus tenían ya sus tierras, nosotros y nosotras

tenemos nuestros papeles. Unos porque nacieron en territorio norteamericano; otros porque las tierras de sus antepasados fueron conquistadas; y otros por las circunstancias políticas del momento de su llegada, el hecho es que tenemos documentos y privilegios que nos permiten cruzar el Río Grande y muchas otras fronteras sin siquiera mojarnos los pies. Si por nuestra conveniencia fuera, no tendríamos por qué preocuparnos por la situación presente.

Pero no. Tengamos papeles o no, somos parte de un mismo pueblo. Y lo somos no sencillamente porque nuestra lengua sea la misma o porque nuestras historias sean paralelas, sino porque sea cual sea nuestra lengua, y sea cual sea nuestro género o nuestra raza o nuestra apariencia física, en fin de cuentas todos llevamos la misma imagen: la imagen y semejanza de Dios. No podemos contentarnos con nuestros derechos y privilegios mientras haya quien no los tenga.

En señal de aquel cruce solidario del río Jordán, el pueblo de Israel levantó un monumento que serviría de memorial de lo que Dios había hecho por ellos. Por eso Josué le dice al pueblo: «Cuando mañana os pregunten vuestros hijos: “¿Qué significan estas piedras?”, diréis a vuestros hijos: “Israel pasó en seco por este Jordán, porque Jehová, vuestro Dios, secó las aguas del Jordán delante de vosotros, hasta que pasasteis, de la misma manera que Jehová, vuestro Dios, había hecho en el Mar Rojo, el cual secó delante de nosotros hasta que pasamos, para que todos los pueblos de la tierra conozcan que la mano de Jehová es poderosa, y para que temáis a Jehová, vuestro Dios, todos los días”».

Siglos más tarde, uno de los hijos de aquel pueblo de Israel, quien era también Hijo de Dios, se preparaba también para cruzar su Jordán. Por delante había gigantes tan temibles como aquellos de la tierra de Canaán. Por delante estaban los sumos sacerdotes con todo el peso de la larga tradición religiosa. Por delante estaba Poncio Pilato con todo el peso del enorme imperio que representaba. Por delante estaba el

Maligno, la fuente de todo mal, aprestándose para apoderarse de él y entregárselo a su aliada, la muerte. Y lo peor era que tendría que cruzar esa frontera solo, al punto que llegaría a clamar: “Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?”.

Ante tales gigantes “el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, **tomó pan**; y habiendo dado gracias lo partió y dijo ‘tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mi’. Asimismo **tomó también la copa** después de haber cenado, diciendo: ‘esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebáis, en memoria de mí’.”

El Señor que antes cruzó delante del pueblo en el Arca de Jehová ahora se prepara también a cruzar delante del pueblo en la persona de Jesucristo. Y de igual manera que en tiempos de Josué se le mandó al pueblo levantar un memorial de lo que Dios había hecho, ahora, en aquella triste noche de la traición, se le da al pueblo un nuevo memorial: “haced esto, todas las veces que lo hicieris, en memoria de mí.”

Y, de igual manera que el arca que iba delante del pueblo de Israel requería que todos cruzaran juntos en solidaridad, así también este pan que hoy partimos en memoria del Crucificado y Resucitado requiere de quienes estamos aquí una solidaridad semejante. La más antigua oración que se conserva para la celebración de la Santa Cena dice: “Como este pan estaba disperso por los montes y reunido se hizo uno, así sea reunida tu iglesia de los confines de la tierra en tu reino.” Y algún tiempo después, en un famoso sermón, San Agustín decía que los granos de trigo no son pan. Para que llegar a serlo primero tienen que ser triturados. Así también los creyentes tenemos que ser triturados en solidaridad con quienes sufren. Además, ese trigo molido tiene que ser remojado para llegar a ser masa. Y después de remojado tiene que ser horneado para venir a ser pan. Quienes hoy aquí nos reunimos no somos cuerpo de Cristo cada cual por su cuenta. Somos cuerpo de Cristo

porque de alguna manera participamos del mismo dolor de que participan los otros miembros que sufren. Somos cuerpo de Cristo porque, triturados, hechos masa en virtud de las aguas del bautismo, y horneados en el fuego del Espíritu Santo, hemos venido a ser un solo pan. Somos cuerpo de Cristo, quien, como antes en el arca de Jehová, él ha ido delante de nosotros a la muerte y resurrección.

Si las piedras de Gilgal debían servir para recordarles a los hijos de Israel de aquella victoria solidaria, el pan de la comunión sirve para recordarnos que somos cuerpo de Cristo. Si el grano de trigo no puede ser pan por sí mismo, así tampoco se puede ser cristiano sin ser parte del cuerpo de Cristo – de ese cuerpo que esparcido por las naciones y las edades vendrá a ser uno en el día final. Eso es el cuerpo de Cristo: el cuerpo de Cristo somos quienes estamos aquí; pero no lo somos sin quienes están allá – allá en la miseria y el dolor, allá en la soledad, allá en la pobreza y el hambre, allá sin tener donde reposar la cabeza, allá escondidos de la Migra. Eso es el cuerpo de Cristo.

Es por esto que Pablo nos invita y nos advierte: “Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y así coma del pan y beba de la copa. Pues quien come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí.”

Comamos y bebamos en nombre del Señor.